

parte, que cuando el Señor dirá en el último día á otros pecadores: yo estuve alguna vez enfermo, y no me visitasteis; á nosotros tendrá que hacernos otro cargo mayor, diciendo: jamas me visitasteis en tantas veces como estuve enfermo; así castigará rigurosamente nuestra indiferencia, oponiéndonos la ardiente caridad de Javier.

Entonces se confrontarán los perversos, que hemos pervertido por este mal ejemplo con los santos que él ha santificado por sus virtudes. El presentará la multitud de piadosos que se animaron con su piedad, de penitentes que imitaron su penitencia, de caritativos que fueron inflamados de su caridad: nosotros al contrario presentaremos, bien á pesar nuestro, los indévotos, los impenitentes y los duros de corazón que hemos producido. ¡Dichoso él que tendrá tantos intercesores en el bien: desdichados de nosotros que tendremos tantos acusadores para el mal! Él con los suyos oirá de la misma boca del Señor: venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado ántes de la constitucion del mundo: nosotros oiremos: id malditos al fuego eterno, que está prevenido para el diablo y para sus secuaces.

#### SEGUNDA PARTE.

No turbemos mas con estas terribles ideas el santo gozo que debe causarnos hoy este apóstol con su predicacion. Ya habeis visto como él predicó á los animales que son los justos; ved ahora cómo predicó á las plantas que son los pecadores: *predicate Evangelium omni creaturæ*. No soy yo, sino la divina Escritura, quien les compara á los árboles: los profetas comparan los hijos de Israel, ya por su soberbia á los cedros del Líbano, ya por su ingratitud á una viña que ha frustrado los mejores cultivos. Tambien el apóstol Santiago compara á los malos con los árboles de otoño, que no dan fruto, y que por eso deben contemplarse como dos veces muertos por secos y por arrancados; y el mismo Redentor maldijo una higuera donde no habia mas que hojas, para significar lo que hará con los que no tengan obras buenas, y propuso la parábola de otra, cuyo cultivador, cansado de emplear en ella inútilmente sus trabajos, trataba de cortarla; ademas de las muchas veces en que propuso á los fariseos la de la viña infructuosa, que se qui-

taria á los actuales colonos para darla á otros que la hiciesen dar abundantes frutos. Á estas vides ingratas, á estas higueras infructíferas, á estos cedros soberbios, es á quien Francisco enderezaba continuamente la palabra de Dios, ya en los púlpitos ya en los confesonarios, ya en las casas.

En los púlpitos: aquí es donde él subia como á aquel monte del Profeta que evangelizaba á Sion y á Jerusalem, para lanzar desde allí los rayos con que perturbaba á los pecadores en su falsa paz. Desde allí con su voz de trueno derribaba al soberbio del trono de su vanidad, al avaro del arca en que habia sepultado su corazón, al lascivo de la cama de su sensualidad, al iracundo del furor de sus venganzas, al gloton de la mesa de su embriaguez, al ambicioso de los proyectos de su envidia, y al indolente del cieno en que yacia su pereza. ¡Qué consuelo era verle renovar aquellos prodigios que ejecutó el príncipe de los apóstoles en el principio de la iglesia, convirtiendo de un solo exhorto, ya los mil, ya los tres mil, ya los cinco mil! Al verle mostrar aquella cruz en que fuimos redimidos, ¿quién por duro que fuese no se deshacia en lágrimas, semejante á la peña que hirió Moises con su vara en el desierto? Qué espíritu tan nuevo les infundia! qué costumbres tan puras! qué vida tan cristiana! Este es un profeta grande, decian, que Dios ha suscitado entre nosotros, y por medio del cual ha visitado á su pueblo.

Si quereis saber cuál era la materia mas ordinaria de sus sermones, yo os lo diré: la muerte, esta muerte que inevitablemente va derribando en el sepulcro á nuestros mismos ojos una generacion sobre la otra, al mozo sobre el anciano, al hijo sobre el padre, al amigo sobre su mismo amigo, para no aparecer mas en esta tierra de los vivientes: el juicio en que todo hombre cae entre las manos del Dios vivo, que penetra lo mas íntimo de los corazones, y á quien se ha de dar cuenta del pensamiento mas oculto, de la palabra mas ociosa, de la obra mas indiferente: el infierno, aquellos eternos braseros que el Omnipotente ha encendido con todo el furor de su cólera para arrojar los malos siervos á unas tinieblas exteriores, á un crujido interminable de dientes y á unos llantos que no tendrán fin; ved aquí las tres lanzas con que este valeroso Joab traspasaba el corazón de todo Absalon. O maestro admirable en la grande ciencia de nuestra salud, bien sabiais que el principio de la

sabiduría es el temor de Dios, y que querer empezarla por el amor destinado á perfeccionarla, es invertirlo todo.

¿Pero en qué consiste que hoy se predicen tan frecuentemente estas mismas verdades sin efecto alguno? Ved aquí un problema que vosotros querreis resolver por la diferencia del ministro; pero que jamas se resolverá bien sino es por la diferencia del pueblo. El que os anuncia hoy el Evangelio, es verdad, soy yo, que no tengo la ciencia divina de los profetas, la claridad sobrenatural de los apóstoles, el don de la palabra que tenía Francisco. ¿Y qué pretendéis sacar de ahí en vuestro favor? Ó por mejor decir: qué no puedo sacar yo de ahí en contra vuestra? ¿No se infiere claramente que vosotros sois tales que no mereceis el que Dios os envíe un predicador tan sabio, tan celoso y tan santo como Javier? ¿No se infiere que cuando el Padre celestial no os da mas que este talento ordinario, es porque conoce que sepultariais igualmente los cinco extraordinarios? Quien es tan infiel en lo poco ¿seria mas fiel en lo mucho? El que no cree cuando se le propone lo que dijeron Moises y los otros profetas, dice el Señor, tampoco creará al que haga resucitar los muertos. Así si quereis predicadores tan insignes como nuestro apóstol, merecedlos.

Él no era ménos insigne en el confesonario que en el púlpito: aquí recogia lo que allí sembraba: allí heria al pecador, aquí le esperaba para recoger sus lágrimas. Por mas que en su tiempo los protestantes se desencadenasen contra el sacramento de la confesion, él empleaba en administrarlo todas la horas que le sobraban de la predicacion y del sacrificio. Como doctor hábil indagaba los errores de cada uno, y les daba sus desengaños: como médico diestro descubria las enfermedades, y aplicaba las medicinas: como pastor celoso olvidaba por un momento el resto del rebaño del Señor para sacar sobre sus hombros á la oveja extraviada: como padre tierno dejaba al hijo primogénito que estaba siempre con él para abrazar al pródigo. Todo el que habia sido su oyente se hacia luego su penitente, le descubria sus abismos y observaba sus consejos: él entraba en los intereses, en las inclinaciones, y en el estado de cada uno: yo entro con la suya, decia, para salirme con la mia: esto es, se hacia como san Pablo todo con todos para salvarlos á todos.

Si yo pudiera mostrároslo en todos los pueblos que se extienden desde el cabo Comorin hasta la isla de Manar, cuyos habi-

tantes jamas habian visto eclesiástico alguno, quizá desde el apóstol santó Tomé, que les predicó; ni conservaban mas memoria del cristianismo sino venirse bautizando de unos en otros: allí veriais; qué ignorancia de la religion, qué depravacion de las costumbres, qué vida tan abominable! Los que en su regeneracion habian reconocido á Jesucristo por verdadero Dios, adoraban luego como divinidades mil idolillos que se fabricaban con sus propias manos, y á quienes celebraban las fiestas mas obscenas. No era prohibido entre ellos ni el robo, ni el adulterio, ni el homicidio; y la justicia se administraba públicamente solo á favor del que mas ofrecia. Figuraos ahora á Javier mirando estos horrores, oyendo estas confesiones, y dirigiendo estas conciencias por las sendas de la verdad. Pero tambien; qué mudanza tan repentina! qué ídolos quemados! qué bienes restituidos! qué concubinas arrojadas! qué perfeccion restablecida! Solo él hubiera encontrado el hilo con que sacarles de este espantoso laberinto. Esto no es mas que un ejemplo de lo que ejecutó Francisco en todos los demas imperios.

Ya me parece, hermanos míos, que os veo echándonos en cara la serenidad con que este varon de Dios escuchaba tantos y tan enormes delitos, sin acobardarse por su número ni escandalizarse de su gravedad. Pero sabed que lo que nos acobarda y nos escandaliza, cuando os apartamos de nuestros piés, no es por cierto vuestra vida pasada, sino vuestra vida presente. ¿Queréis que autoricemos con nuestro ministerio ese círculo vicioso en que vivís, del pecado al sacramento, y del sacramento al pecado? ¿Podemos acaso bendecir sobre la tierra lo que Dios maldice desde el cielo? ¡Ojalá que os confesarais de los mismos horrores que las almas á quienes reconcilió nuestro apóstol, con tal que los detestaseis tan de veras! Los ángeles mismos se regocijarian de vuestra penitencia, y los hombres alabarian al Señor de que en donde habia abundado el delito sobreabundaba su gracia. Pero si apénas acabais de recibir la absolucion volveis como el perro á su mismo vómito, ¿qué podremos hacer? Aun así puede ser que si nosotros no fuéramos tan fáciles en absolver, vosotros no seriais tan fáciles en pecar.

Olvidemos este tiempo miserable y volvamos á aquel en que nuestro santo, no contento con dirigir á sus penitentes en el confesonario, siguiendo el ejemplo de san Pablo, les iba á exhortar á sus propias casas: *publicè, et per domos*. Llamo ca-

sas los hospitales, donde él moraba con los enfermos noche y día, cuidando de sus almas aun mas que de sus cuerpos, sin dejarles hasta el último suspiro. Llamo casas las posadas, donde se incorporaba con los prerregrinos, se informaba de sus intenciones, de sus medios, de su modo de vida, hasta que lograba enardecer su corazón con las divinas Escrituras. Llamo casas las embarcaciones, en que hacia sus viajes, donde trabajaba incesantemente por desterrar de los navegantes los juramentos, las blasfemias, las palabras disolutas, la ociosidad, la embriaguez, el juego y todos sus vicios. Al instante se conocia el que habia navegado con Francisco por sus devociones, por su arreglo y por su instruccion en las historias sagradas.

Cuánto debemos admirarnos de ver los pueblos recién convertidos no querer separarse de este maestro de su religion, correr en tumultos á los piés de este confesor de Cristo, rehenchir, digámoslo así, los templos y las plazas donde predicaba; cuando los que se glorían de antiguos católicos se fastidian de la abundancia de los sermones, como los israelitas del maná, huyen de los confesonarios, donde el ministro les espera como el Salvador á la Samaritana en el pozo de Jacob, y aborrecen todo género de instruccion. Aquellos ninivitas se levantarán en juicio contra nosotros, porque hicieron penitencia en la predicacion de este Jonas, y nosotros que abundamos continuamente en Jonases, no damos la menor señal de penitencia. Ay! no quiera el Señor quitarnos estos medios divinos de nuestra salvacion, para trasferirlos á otras gentes que no se hagan tan indignas de la vida eterna.

### TERCERA PARTE.

Parece que necesitamos de que se nos predique del tercer modo con que predicaba Francisco, esto es, no con virtudes ni con palabras, sino con prodigios. Así lo ejecutó él cuando ejercitó su ministerio, no con los animales sensibles, ni con las plantas dóciles, sino con las piedras duras; quiero decir, no con los justos ni con los pecadores, sino con los idólatras. Esta especie de criaturas á quienes evangelizó, no reconocen ni los Libros sagrados, de donde se sacan como de una inmensa fuente los dogmas y misterios de nuestra fe, ni aun admiten los verdade-

ros principios de la recta razon, que confunden con mil sistemas dictados por su interes, por su error, por su sensualidad; así es necesario que el cielo haga toda la costa de un modo tan extraordinario y asombroso, que llegue á imponerles silencio. Es preciso decirles á fuerza de milagros lo que Cristo á Saulo: *durum est tibi contra stimulum calcitrare*, en vano intentas dar coces contra el aguijon. Por eso sabiendo el Señor que siempre habia de haber en el mundo esta especie de incrédulos, dejó á sus discípulos y á otros varones apostólicos el poder de arrojar los demonios, hablar nuevas lenguas y curar los enfermos. En estas señales describió seguramente el apostolado de Francisco, porque él obraba prodigios en el cielo, prodigios en la tierra, prodigios hasta en los abismos.

En el cielo. Hay almas tan rebeldes, que piden á los predicadores de la fe, como los fariseos á Cristo, señales en el cielo, y solo son dignas de que se les haga el prodigio del profeta Jonas, sepultándolas vivas en el fondo del mar. Sin embargo este varon insigne les hizo muchos prodigios en el cielo, entendiendo por cielo, como lo entiende la santa Escritura, esa region que está sobre nuestras cabezas, donde habitan las aves del cielo: esa region superior del aire, donde se forman los vientos y los huracanes: esa region inaccesible, donde Dios para formar las lluvias conserva en vapores una porcion de agua, separándola de la otra porcion que deja bajo el firmamento para formar las fuentes, los rios y el mar. ¡Cuántas veces en medio de la mayor serenidad predijo la borrasca, y al instante llegó! ¡Cuántas veces en lo mas horroroso de la borrasca predijo la serenidad, y no tardó en llegar! ¡Cuántas veces oró como Elías, y detuvo mucho tiempo el rocío de las nubes; volvió á orar, y las nubes se deshicieron en lluvias! Sea para confirmar á los piadosos ó para atemorizar á los impíos, sus manos levantadas eran tan poderosas, como las de Moises en favor del pueblo de Dios y contra Amalec.

¿Qué podian reclamar á esto los sacerdotes de los ídolos con todas sus astucias? ¿Qué podian oponer los filósofos con todos sus raciocinios? Ni la razon de los unos ni el engaño de los otros alcanzaba adonde alcanzaba Francisco, al modo que los prodigios de los magos de Faraon no pudieron competir con los del caudillo de Israel. ¿Quién es este, decian, á quien obedecen los mares y los vientos? Era de ver los reinos enteros, desde el



monarca hasta el mas infeliz vasallo, correr asombrados á los piés del que dominaba así los elementos, queriéndole adorar como á un Dios. ¡Pero qué breve les desengañaba él mismo, que él no era mas que una criatura semejante á ellos, enviada de lo alto para favorecerles!

Filosofad ahora vosotros sobre estos hechos, como soleis: decid que la naturaleza está establecida sobre ciertas leyes que Dios no altera por estas ni aquellas circunstancias, porque para eso seria menester trastornar todo el universo. Ay! ¿Dios no altera las leyes ordinarias de la naturaleza, y en tiempo de Noé castigó al género humano con un diluvio que inundó hasta las montañas mas altas? ¿Dios no altera las leyes de la naturaleza, é hizo pararse el sol por mandato de Josué? ¿Dios no altera las leyes de la naturaleza, y David suspendió las lluvias, para que jamas volvieran á caer sobre los montes de Gelboe? ¿Dios no altera las leyes de la naturaleza, y la naturaleza toda se conmovió al tiempo de su muerte? Hombres de poca fe, el Señor ha añadido á esas leyes generales estas excepciones particulares. ¿El que extendió los cielos como una piel, é introdujo en ella las aguas como un tejido, no podrá ordenarle que deje de llover ó que llueva? ¿El que pone su trono sobre las nubes y vuela sobre las alas de los vientos, no podrá mandarles que ejecuten su voluntad? Confundid, Señor, á estos impíos, que quieren medir vuestra soberana omnipotencia por la mezquindad de sus ideas.

Francisco, señores, en calidad de apóstol, ademas de estos prodigios que obró en el cielo, los obró tambien sobre la tierra, como que era la habitacion de los idólatras, á quienes intentaba confundir. ¿Quién ha recorrido jamas el mundo entero desde el oriente hasta el occidente, desde el polo ártico hasta el antártico, sino solo él por desterrar la idolatría? Pero si me preguntais, cómo se hizo para confundir los falsos sacerdotes interesados en conservarla, para convencer á sus sabios empeñados en persuadirla, y para someter á los poderosos acostumbrados á sostenerla; en fin cómo un hombre solo, por desengañado que fuese, pudo desengañar á tantos engañados, yo os responderé que todo lo hizo á fuerza de prodigios, restituyéndoles oportunamente su descanso, su fama, sus bienes, su salud, su misma vida. Él era como un rio que fertiliza todas las regiones por donde pasa, ó más bien como el Salvador, que ejerció su divina

mision sanando á todos y haciendo bien á todos: *pertransit benefaciendo, et sanando omnes.*

¿Quién se atreveria á oponerse á la voluntad de este hombre, que parecia tener autoridad sobre todos los hombres? Yo os mando en el nombre del Señor, que no paseis adelante, sino que volvais para atras, dijo una vez á un ejército entero que venia contra la ciudad de Trabancor, y todo el ejército retrocedió: á este hombre que mandaba sanar los enfermos y resucitar los muertos, y ellos sanaban y resucitaban: á este hombre que mandaba á las aguas saladas del mar convertirse en dulces, y restituir vivos á los que tenian ahogados en su seno despues de seis dias, ó mantenerse para caminar sobre ellas, y ellas obedecian: á este hombre que hacia comerse de canchales y de gusanos á los que despreciaban sus palabras: que anunciaba los futuros mas incógnitos, y ellos sucedian: que hablaba como los apóstoles en una sola lengua á las gentes de todos los países, y ellos entendian, los de Goa, los de Meliapore, los de Firando, los de Meaco, los de Bungo, los del Japon, los de la China: *audivimus unusquisque nostris linguis magnalia Dei.*

¿Qué dices á esto, generacion incrédula, pueblo de una cerviz dura y perversa? Dirás á semejanza de los de Nazaret: ¿cómo no hace hoy Francisco en su propia patria tantas maravillas, como hizo en otro tiempo en los países extranjeros? Yo os responderé en su nombre: es porque el Señor quiere castigar vuestra poca fe: es porque la fe es esencial para ver los prodigios, y vosotros no la teneis: es porque muchas veces los estais mirando y no quereis creerlos. Ay! si una confianza firme en su proteccion y en sus méritos os hiciera como á Abraham esperar contra toda esperanza, ¡qué sucesos tan asombrosos veriais cada dia! Porque todo es posible al que cree, de modo que si creyendo quisierais que un monte se pasase á otro lugar, el monte al instante se pasaria. ¿No veis como Cristo ántes de hacer los milagros preguntaba si creían, ó aconsejaba creer á los que los deseaban, ó mandaba que se ejecutasen segun habian creído, ó que su fe les habia salvado? Sin la fe es imposible agradar á Dios para recibir sus dones. Pero vosotros, como los fariseos, quereis ver primero las señales y los prodigios para creer.

Por eso en los pueblos donde predicaba Javier, multiplicándose cada dia mas el número de los creyentes, se multiplicaban

los portentos, no solo sobre la tierra, sino en los mismos abismos, en los demonios que los habitan, y que fueron condenados por Dios á turbar la felicidad de los hombres por toda suerte de medios. Estos enemigos antiguos del género humano no solo se hacen dueños de nuestra alma cuando nos sometemos á su imperio por el pecado, sino muchas veces se apoderan del cuerpo, residen en el corazón, alteran los humores y afligen con mil accidentes violentos. Leed el sagrado Evangelio, y vereis á cuántos de esta especie curó el Redentor. Leed también las vidas de los santos, especialmente la de Francisco, y le vereis arrojando continuamente á este fuerte armado que los poseía en paz, ya impidiéndoles la vista, ya la lengua, ya el oído, ya el uso de los otros sentidos: sus cruces, sus bendiciones, su oración llena de fe sanaba á todos los energúmenos. ¡Cuántas veces estos malignos espíritus al dejar su antigua habitación arremetían con ímpetu al santo exorcista, y le dejaban como á Job en el estado mas lastimoso! Pero él los sufría con la misma paciencia, siempre dispuesto á declararles nueva guerra.

Esta era el desengaño y la conversión de los que los adoraban bajo innumerables figuras, ofreciéndoles los mas abominables sacrificios. No se pueden reducir á guarismo las almas que libró de este género de esclavitud: en un solo día llegó á bautizar diez mil, y en sola la costa de Pescadería bautizó mas de cuarenta mil; de suerte que Vosio, hablando de todas las conversiones que hizo este grande apóstol de las Indias, dice que quitó al demonio mas almas que las que le han dado y pueden dar los herejes de todos los siglos. Ahora os pregunto yo, hermanos míos: ¿Javier convertiría toda esa innumerable multitud de idólatras á fuerza de milagros, como os he dicho, ó podría convertirlos sin milagro alguno, como vosotros pensais, y esto sería en sentir del padre san Agustín el máximo de los milagros? Ah! no dudeis, ántes admirad los infinitos portentos con que nuestro santo hizo que se doblase toda rodilla al nombre del Señor, sea en el cielo, sea en la tierra, sea en los infiernos.

Pero no os lamenteis de que no se vean ya unos sucesos tan asombrosos entre nosotros. Qué infelices seremos si necesitamos de ellos para creer! Ellos no son, dice san Pablo, para los fieles, sino para los infieles. Nosotros tenemos las profecías y todas las divinas Escrituras con que confirmarnos en nuestras esperanzas; pero ellos que no las han recibido, no tienen otro

modo de cautivar su entendimiento en obsequio de la fe sino con prodigios. Luego que se planta un arbolito se le riega frecuentemente; pero cuando ya ha arraigado, el riego cesa. Esto que hacemos con los árboles, lo hace el Señor con nosotros. Luego que los pueblos se convierten, les propone unos hechos que por sí mismos se concilian nuestra creencia; pero cuando ya están arraigados en la religión, suspende todos esos consuecos exteriores, y no les deja sino las verdades puras. ¡Ojalá que no nos portáramos como tan tiernos en la fe, deseando siempre prodigios, sino como unos árboles robustos que ya no los necesitan, al modo de aquel santo á quien dijeron que fuese á ver un niño milagroso que se habia aparecido en una hostia consagrada! Yo no necesito de verlo para creerlo, respondió, que lo vayan á ver los que lo necesitan para creer.

No digo por eso que no debamos desear unos hombres tan poderosos en obras y en palabras como san Francisco Javier, ántes debemos pedir siempre al Padre celestial que envíe de estos infatigables obreros á su viña, que animen á los justos con sus ejemplos, que conviertan á los pecadores con sus exhortos, y que confundan á los incrédulos con sus prodigios: en fin, les diga como en otro tiempo á sus discípulos: recorred todo el universo predicando el Evangelio á toda criatura. Cuando ha habido mas mies y ménos segadores, mas impíos y ménos ministros que los atraigan á la verdad! O mi Dios, suscítad otra vez el espíritu de este incomparable siervo vuestro, para que ya que la impiedad os arrebatara continuamente tantas almas, haya ahora como entónces á lo ménos una que pueda recompensaros de todas vuestras pérdidas, y que santificando la tierra con sus méritos nos allane con su predicación el camino del cielo. Amen.